



Actas de las Jornadas Internas de Investigadores en Formación del Departamento de Letras 2015

Universidad Nacional de Mar del Plata, ISBN 978-987-544-699-1

Figuraciones del hambre en la narrativa cubana contemporánea: el caso Ronaldo Menéndez

Alejandro Del Vecchio¹

Universidad Nacional de Mar del Plata-CELEHIS
alejandrodelvecchio@hotmail.com

Resumen:

El hambre constituye un tópico recurrente en la narrativa cubana de las últimas décadas. En su cuento “Menú insular” (2005), el escritor habanero Ronaldo Menéndez parodia los cuentos “El aleph” (de Jorge Luis Borges) y “El signo” (de Borges y Bioy Casares) para construir un artefacto literario elocuente respecto de los diversos modos de pensar y denunciar la escasez de alimentos y las consecuencias de la crisis del llamado “Período Especial” cubano. El texto de Menéndez se inserta, además, en una serie urbana marcada (entre otros rasgos) por el asedio de lo rural, que brota azarosamente para pervertir la función originaria de ciertos espacios públicos y privados.

Palabras clave:

Narrativa cubana

“Período Especial”

Ronaldo Menéndez

Jorge Luis Borges

¹ Profesor en Letras. Adscripto en docencia e investigación en la asignatura Literatura y Cultura Latinoamericanas II. Miembro del grupo de investigación “Literatura y Cultura Latinoamericanas” dirigido por la Dra. Mónica Marinone.

Letreros en el Parque Zoológico de La Habana:

En 1950: "Por favor no alimente a los animales".

En 1960: "Por favor no le quite la comida a los animales".

En 1990: "Por favor no se coma a los animales".

(*Humorada popular cubana*)

Uno encuentra, junto al abismo de la indefensión, junto a la insólita vivencia capaz de convertir a Kafka en imaginador discreto, un sentido del humor raigal, naturalizado, hecho cultura; un sentido del humor que brota, más allá de cualquier intención satírica, más acá de la acidez del lamento, para humanizar la existencia, para dignificar la resistencia.

Jorge Ángel Hernández Pérez,
Prólogo a *No hay que llorar: la
sobrevivida contada por los sobrevivientes*

En marzo de 1990, Fidel Castro anticipó al pueblo cubano la inminencia de un "Período Especial en Tiempos de Paz". El evidente eufemismo encubría una abrupta crisis, desencadenada, entre varios factores, por la inexorable desaparición de la Unión Soviética y la consecuente pérdida de ayuda financiera por parte de las naciones socialistas de Europa del Este (Pérez-López 2003: 567). Esta etapa, sobre cuya finalización todavía no hay consenso, consolidará al país caribeño en el imaginario social como epítome de la carencia: falta de productos de higiene elemental, cortes de luz programados y no programados, consecuente escasez de agua, colapso de las viviendas, deterioro de los medios de transporte y, sobre todo, distribución racionada de los alimentos.² Producto de esta política

² Entre muchos episodios clave ocurridos durante aquella década del noventa, me interesa destacar que en 1993 una epidemia de neuritis óptica (enfermedad provocada por deficiencias

económica de guerra (sin guerra) y del desgaste de los valores y logros revolucionarios, la sociedad cubana experimentaría una suerte de regresión a la premodernidad.

Las consecuencias traumáticas de este "Período Especial" marcarán una huella profunda en la literatura cubana escrita dentro y fuera de la isla. Textos como *El hombre, la hembra y el hambre* (1998), de Daína Chaviano, *Te di la vida entera* (1996), de Zoé Valdés, *Las comidas profundas* (1997), de Antonio José Ponte o *El Rey de La Habana* (1998), de Pedro Juan Gutiérrez, por citar unos pocos ejemplos, ponen en juego un conjunto de operatorias discursivas que determinarán diversas figuraciones, no sólo del hambre sino también de la nostalgia por el esplendor de la cocina criolla de antaño.

En este sentido, Ronaldo Menéndez (1970), escritor nacido en La Habana (pero que reside actualmente en Madrid), introduce una modulación original en su abordaje de estos tópicos. Un rasgo neurálgico en su poética que consiste en operar, mediante la cita o la alusión, textos emblemáticos de Borges (aunque también de Cortázar) para direccionar su lectura hacia otros vectores de sentido.³ Mediante una textualidad

vitamínicas y causante de la pérdida progresiva de la visión) afectó a cerca de 25000 cubanos (Vicent 1993). Si el eufemismo constituía un recurso privilegiado en el discurso revolucionario, no puede sorprender que, según crónicas de la época, el doctor Héctor Terry Molinet, viceministro de Higiene y Epidemiología, fuera despedido de su cargo por haberse atrevido a mencionar delante de Fidel (prescindiendo de toda floritura retórica) la palabra "hambre". Así, la anemia provocada por deficiencias alimentarias, en boca del gobierno parecía devenir anomia: un "trastorno del lenguaje que impide llamar a las cosas por su nombre" (RAE).

³ En los últimos años, autores como Marcial Gala Olivera (1963, Cienfuegos) o el propio Menéndez han rescatado la figura de Jorge Luis Borges, naturalmente postergada en las bibliote-

fundada en sus símbolos, giros estilísticos y singularidades léxicas, Menéndez inscribe a Jorge Luis Borges en su genealogía, pero para contaminar (o incluso hacer estallar) su universo literario. Si bien las elecciones retóricas y el registro estilístico son cercanos a la poética borgeana, los textos del cubano se distanciarán en relación con el efecto de lectura provocado.

En “Menú insular” (2011), relato que integra el volumen *Amores desalmados*, existen zonas que evidencian una reescritura paródica, por momentos cercana a la paráfrasis, del cuento “El Aleph”, publicado en la revista *Sur* en 1945, es decir, casi setenta años antes. Recordemos el *incipit* de “El Aleph”, de Jorge Luis Borges:

La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de fierro de la Plaza Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita. Cambiará el universo pero yo no, pensé con melancólica vanidad.

En “Menú insular”, Ronaldo Menéndez reescribe:

La candente mañana de marzo en que anunciaron oficialmente que iban a racionar el pan y los huevos, después de un imperioso rumor que no se rebajó ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de las bodegas ha-

bían renovado sus anuncios sustituyéndolos por un rotundo: “Pan y huevos, cuando el Estado los asigne”. El hecho me dolió, pues comprendí que el cesante campo socialista se apartaba de nosotros, y que ese cambio era el primero de una serie infinita. Cambiará el campo socialista pero yo no, pensé con melancólica vanidad (469).

Como un espejo deformante, el artefacto productor de textos diseñado por Menéndez articula —salvando las diferencias del caso— una conocida operación borgeana, principio constructivo de “Pierre Menard, autor del Quijote” (1944), a saber: el juego con las condiciones históricas y el marco espacial de la enunciación. Ambos textos introducen un narrador protagonista, cuyas caminatas por la ciudad revelan cambios en sendas carteleras. Pero si la muerte de una mujer amada (Beatriz Viterbo) motiva el relato borgeano, el disparador de “Menú insular” será el racionamiento del pan y los huevos, en la Cuba en crisis de Fidel.

Menéndez propicia por medio de esa inflexión argumental la apertura a un dominio semántico antagónico al borgeano: el hambre y la “sed de carne en el desierto insular” (Menéndez 2011: 472). Vale recordar que la implementación de la “libreta de bodega” o “libreta de (des)abastecimiento” (disposición transitoria con más de medio siglo de vigencia), una serie de iniciativas agrícolas fallidas y la importación masiva de insípidas conservas, generaron en la Cuba de los noventa una homologación de consumo basada en una reducida lista de productos que, por supuesto, excluía la carne (Skłodowska 2010: 300-301).⁴ Justamente, la pérdida

cas de la isla, a causa de su antipatía hacia la Revolución Cubana.

⁴ De allí que, por ejemplo, en *El hombre, la hembra y el hambre*, de Chaviano, se ironice respecto de la profesión de carnicero, profesión

de diversidad en los ingredientes de la rica comida tradicional cubana (la añoranza del “banquete lezamiano”), promoverán una vocación sustitutiva cuyo correlato lingüístico será un léxico repleto de neologismos, retruécanos, hipérbolos y perífrasis. Como si –en palabras de Elzbieta Sklodowska– la realidad de la aguda escasez se expresara en un lenguaje casi barroco; como si con las invenciones y los juegos lingüísticos (es decir, con opulencia semántica) se intentara llenar el vacío material (Skłodowska 2012: 225). Por eso uno de los narradores de la novela *El hombre, la hembra y el hambre*, de Daína Chaviano, tematiza con sarcasmo la original creatividad lingüística de los cubanos para “resolver” con humor e ingenio las privaciones cotidianas:

La frase picadillo extendido –y aquí Claudia adoptó el tono catedrático apropiado– debía entenderse como un aporte del socialismo caribeño a las corrientes poéticas del siglo XX. Se trataba de una antífrasis, es decir, de una figura de la retórica que consiste en denominar las cosas de manera opuesta a su sentido original. En otras palabras, el picadillo extendido en realidad estaba «recortado». Lo que antes era una libra de picadillo normal, ahora sólo tenía un poquito de carne verdadera y mucho de extrañas sustancias molidas, como huesos, cartílagos, y otras aún sin clasificar. De ahí el nombre científico con que los nativos habían bautizado ese hallazgo culinario: OCNI (Objeto Comestible No Identificado) (Chaviano: 118).

(o más bien toda una carrera) que garantizaba el favor de mujeres cuyos deseos carnales – literalmente– se saciaban con un buen bistec de carne de res.

La lista de neologismos y sustituciones, en una época en la que se llegó a quemar libros como combustible, resulta, sin dudas, succulenta. La burocracia gubernamental suplantó la tradicional carne de ave por la misteriosa “pasta de oca”, acuñó delicias como “fricandel” (un tipo de salchicha), “masa cárnica”, “pollo de población”, “pollo de dieta” o “pollo de novena” (distribuido ya no semanalmente sino cada nueve días, para escamotear una cuota al mes) y, por su lado, el pueblo fraguó sabrosos platos como “croquetas de averigua”, “sopa de gallo” (agua con azúcar negra), “bistec empanizado de cáscara de toronja”, “pollo al bloqueo”, etc. (Skłodowska 2010: 302). Por otro lado, como si se tratara de parodiar la conocida novela de Laura Esquivel, varios textos del “Período Especial” incorporaron recetas culinarias. Pero si en *Como agua para chocolate* el recetario desplegaba la riqueza y variedad de la comida mexicana (aun la prehispánica), en la mencionada novela de Chaviano, por ejemplo, se explicará en detalle cómo hacer un “bisté de frazada de piso”, y en *Te di la vida entera*, de Zoé Valdés, se develará que el ingrediente secreto de unas deliciosas albóndigas a la milanesa es un puñado de plantillas de zapatos (primero hervidas en agua con sal y luego freídas en aceite de bacalao).

Retomo el texto de Menéndez en relación con el de Borges. Si “El Aleph”, en tanto usina generadora de situaciones filosófico-narrativas, produce lo que Bioy Casares llama una “ficción metafísica”, Ronaldo Menéndez, en las antípodas del imaginario y los intereses literarios borgeanos, insertará en su relato un bestiario del hambre y la escasez, para jerarquizar las necesidades corporales frente a cualquier impulso de regodeo intelectual. Sobre la base de dos comienzos (como vimos) tan análogos, los relatos se bifurcan. Mientras en

“El Aleph”, Borges personaje visita la casa de Beatriz para consagrarse a su memoria, el narrador de “Menú insular” visitará el zoológico de la calle 26, en La Habana, para celebrar el cumpleaños de su hija. En este punto, la trama del cuento de Menéndez se distancia de su predecesor para propiciar un desfile casi carnavalesco, protagonizado por los nuevos “ingredientes” de esta gastronomía en crisis: 1) “Pancho” (el avestruz del zoo), 2) el reputado cerdo criado en bañera, 3) el cocodrilo para estofado y 4) el enigmático “conejo de altura”. Me interesa destacar que, más allá del indiscutible pacto ficcional, la voz narradora aparece tensionada por un tono de crónica periodística, progresivamente complementado por el carácter testimonial de los hechos referidos. Ocurre que las modulaciones de esta voz revelan una gradación, como si se tratara de un rito de pasaje, desde la incredulidad ante relatos que parecen ser pura invención colectiva, hacia la consumación del tranquilizador “ver para creer” (277).

Pero la crisis funciona en varios niveles para hacer proliferar el sentido. Manuel García Verdecia, en su texto “Cuba especial”, por ejemplo, atribuye al calor y a los apagones programados la circulación de discursos incubadores de humoradas y leyendas urbanas: “Era una práctica común que la gente tirara colchonetas en los techos y pernoctara allí. Se entablaban animadas conversaciones de un techo a otro. [...] Uno escuchaba anécdotas, chistes, cuentos, chismes, todo un rescate de la tradición oral” (Verdecia: 70). En el relato de Menéndez, la presunta ingesta clandestina de “Pancho”, el avestruz que habría sido engordado por el director del zoo y servido en su mesa familiar, detona no sólo la profanación del tabú gastronómico sino también un descontrol en la cadena alimentaria:

El mal ejemplo cundió, y poco a poco fue diezmada la comunidad de cocodrilos, ciertas especies de monos, todas las aves, algún que otro camélido y otros herbívoros. Al final el zoo se redujo a las hienas y los osos que trataban de comerse los unos a los otros, pues para ellos tampoco había comida (470).

Pero lo que semeja ser una hipótesis (mera literatura) o, a lo sumo, un mito urbano, aparece replicado (como suele ocurrir, con variaciones), en novelas recientes⁵ e, incluso, en publicaciones periodísticas.⁶ Así, los discursos circulantes generan efectos de resonancia, sinécdoques de la crisis económica y sus consecuencias, cuya redupli-

⁵ Cito el pasaje de la novela de Chaviano: “Después de vagar por las jaulas principales, se detuvieron un rato frente a uno de los grandes enigmas del lugar: la altísima casa de juncos construida para albergar a una jirafa... que nunca llegó. O al menos eso decían los más viejos trabajadores del zoológico. Era una controversia que databa de hacía años y que se transmitía de generación en generación. Muchos juraban haber visto a la jirafa asomar su cabeza tras aquel entramado de caña brava; innumerables niños –hoy adultos– aseguraban haberla visto; incontables adultos –hoy ancianos– lo confirmaban. Pero en los anales del zoológico no constaba que hubiera existido jirafa alguna. Hasta un documental había hablado sobre el asunto. El enigma persistía. Era un misterio bizantino que fascinaba a Claudia. Le hubiera gustado leer un ensayo al respecto titulado «La jirafa no identificada» o algo así, porque aquella jirafa era el ovni habanero: un objeto que, según las autoridades, nunca había existido, pero que gran parte de la población juraba haber visto con sus propios ojos. «Con estos ojitos que se van a comer los gusanos», le había asegurado su misma abuela” (Chaviano: 252).

⁶ El 17 de septiembre de 2013, “Diario de Cuba” en línea titula una de sus notas “Desaparecen una jirafa y otros animales de un zoo de La Habana”. Una de las hipótesis asegura que habrían robado la jirafa para comerla. Ver: http://www.diariodecuba.com/cuba/1379441215_5118.html

cación intertextual funciona como fenómeno expresivo, pero sobre todo connotativo y verosimilizante. Lejos de la tradición carpenteriana celebratoria de la ciudad, el paisaje de La Habana (y sus habitantes) emergen metaforizados como zoológico o (mejor aún) como reserva natural de un socialismo en extinción.

Ahora bien, si las historias de animales exóticos desaparecidos instalan la narración en una topografía, que remite a la cinta de Moebius, donde se cruzan el “adentro” y el “afuera” del texto en una trama de referencialidad indiscernible, nadie duda de que durante el Período Especial, se produjo el auge de una variante ganadera muy particular, que alcanzará el rango de tópico literario: el cerdo criado en bañera. Ingrediente central, desde sus orígenes, de la gastronomía cubana, imprescindible en toda celebración y festividad, el puerco se transforma en un verdadero integrante de muchas familias (de allí que, por citar un caso, el dúo “Buena Fe” lo postule socarronamente en una de sus canciones como “mamífero nacional”). Otros textos permiten pensar una serie literaria, donde, aunque la ciudad recorta un espacio autónomo a la naturaleza indeterminada y caótica, el campo brota azarosamente para pervertir la función originaria de ciertos espacios urbanos. Así por ejemplo, la obra teatral *Manteca* (1993), de Alberto Pedro Torriente, o el cuento “César” (2002), de Nancy Alonso desarrollan tramas cuyo conflicto central se origina también en cerdos criados en la bañera familiar.⁷

⁷ Incluso la novela *Las bestias* (2006), del propio Ronaldo Menéndez, habilita una lectura metafórica en torno a esta obsesión. El protagonista, Claudio Cañizares, un profesor de secundaria, toma prisionero a Bill, su perseguidor, encerrándolo en el baño junto con el cerdo, ahora fuera de la bañera. Allí, Bill debe competir con el animal por una mínima dosis diaria de

Por otro lado, menos literal que el estofado de cocodrilo, en el relato de Menéndez, el término “conejo de altura asado” encubre la pesca con sedal y posterior cocción de los felinos domésticos habaneros.⁸ Una vez más, testimonios como el titulado “Conejo de azotea o de cuando me dediqué a la pesca en seco”, de otro escritor habanero, José Miguel Sánchez Gómez, complementan este archivo de experiencias e imágenes casi surrealistas. Archivo que constituye, además, una clara inversión paródica del discurso revolucionario. La retórica de sacrificio y combate, preconizada por el “Comediante-en-jefe” o el “Coma-andante”, se vacía de significado y el Hombre Nuevo de Guevara, humillado, deviene caricatura. La lucha armada contra la tiranía del capitalismo parece haber mutado en ese hombre grotesco y sediento de carne, midiendo fuerzas en los techos con un gatito encolerizado: “tiraba unos zarpazos que ni una pantera. Pero un palo de escoba sirvió para aniquilarlo a distancia. Esa noche en mi casa se comió conejo...” (Yoss 2011: 40).

Pero una vez finalizado el catálogo de atrocidades culinarias, del mismo modo que “Borges” personaje encuentra el Aleph en el sótano de la casa de la calle Garay (o en el cuento “El signo” de Borges y Bioy el narrador ve en los ojos de don Wenceslao una especie de Aleph culinario), el narrador de Menéndez percibe el equivalente “infinito menú insular”. Ahora el tono del relato se parece mucho al de una elegía. Cito fragmentos del extenso pasaje:

alimento: un balde de sancocho. La tortura predispone, gradualmente, el previsible mimetismo entre ambos seres y lo humano bordea entonces la esfera de lo animal.

⁸ Práctica que sin dudas habría horrorizado a Borges y su gato Beppo.

Vi el populoso mar que rodea la isla, y del mar vi redes y de las redes vi muchedumbres de camarones y langostinos, los vi poblando largas mesas familiares bajo rostros risueños, [...] vi plátanos, mameyes, caimitos, zapotes, anones, chirimoyas y mangos, vi langostas de talla extralarga dejando que su olor tocara por igual todas las narices, [...] vi en un traspatio de una calle de Buenavista una larga mesa dominical poblada de un oloroso cerdo asado criado en una finca y no de una bañera, [...] vi en una librería de la calle 70 un ejemplar de la primera versión de ‘Recetas criollas’, las de Nitza Villapol, vi su censurado programa televisivo otra vez divulgando aquello de ‘recetas fáciles de hacer para todo el barrio’, [...] vi a mi madre riendo ante una barroca despensa, vi el supermercado Ciar otra vez poblado de pueblo y no de turistas, [...] vi un niño de doce años bebiendo leche (desde los 11 la habían excluido del menú infantil), vi frijoles multicolores y arroz en blanco y negro como moros y cristianos, [...] vi picadillo a la habanera que era el preferido de Piñera, vi el boniatillo que tanto gustaba a Lezama, [...] vi mi boca y mis tripas, vi tu boca llena, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese referente secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los isleños, pero que ningún isleño desde hace largo tiempo ha visto: el increíble Menú Insular (475).

Diría entonces, para finalizar, que la percepción simultánea de este infinito menú insular metafórica, frente a la escasez, la desmesura de una ausencia. Como ha escrito Antonio José Ponte, “no nos suelta el horror al vacío (el

hambre suele ser sinuosa, no rotunda, suele hablar en volutas, no de forma recta, es barroca, no parca)” (Ponte: 45). Si la diminuta esfera borgeana condensaba la suma total del universo espacial, la enumeración de Ronaldo Menéndez compendia, más allá de los límites del lenguaje, la opulencia gastronómica perdida a través del tiempo. Menéndez, desde su vampirismo textual, se apropia de la construcción anafórica encabezada por la forma verbal “vi” para desplegar una suerte de historia abreviada de, jugando con el título carpenteriano, “los platos perdidos”. Pero el registro del infinito menú resulta doblemente insostenible, quiero decir que tampoco tiene soporte verbal posible. El exceso de lenguaje señalado por la anáfora “vi” hace presente la evidencia de un resto ausente e inabarcable. Síntoma de una falta recursiva, la enumeración es entonces un excedente que no puede sino sustraerse de la totalidad acotada (como nos pasa siempre) por la mediación lingüística.

Referencias bibliográficas

- Alonso, N. (2002). “César”. En *Cerrado por reparación*. La Habana: Unión.
- Bioy Casares, A. y Borges, J. L. (1998). “El signo”. En *Dos fantasías memorables. Un modelo para la muerte*. Buenos Aires: Emecé.
- Chaviano, D. (1998). *El hombre, la hembra y el hambre*. Barcelona: Planeta.
- García Verdecia, M. (2011). “Cuba especial”. En Vega Chapú, A., *No hay que llorar: la sobrevivida contada por los sobrevivientes*. La Habana: Ediciones La Memoria, 67-76.
- Gutiérrez, P. J. (2004). *El Rey de La Habana*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (2007). *Trilogía sucia de*

- La Habana*. Barcelona: Anagrama.
- Menéndez, R. (2006). *Las bestias*. Madrid: Lengua de trapo.
- _____ (2011). "Menú insular". En *Amores desalmados*. La Habana: Ediciones Unión.
- Pérez-López, J. (2003). "Interminable Período Especial de economía cubana". Disponible en web: <<http://www.aleph.org.mx/jspui/bitstream/56789/22531/1/43-173-2003-0566.pdf>>.
- Ponte, A. J. (2010). *Las comidas profundas*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- _____ (2005). *Un arte de hacer ruinas y otros cuentos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sarlo, B. (2007). *Borges, un escritor en las orillas*. México: Siglo XXI.
- Skłodowska, E. (2010). "Entre lo crudo y lo cocido: las representaciones de la comida en la literatura cubana del Período Especial". En: De Maeseneer, Rita y Collard, Patrick (eds.). *Saberes y sabores en México y el Caribe*. Amsterdam-New York: Rodopi, 297-217.
- _____ (2012). "Reinventando la rueda. El Período Especial en el imaginario cubano". *Itinerarios*, 16: 221-235
- Torriente, A. P. (2005). *Mar nuestro. Manteca*. San Juan: Fragmento Imán.
- Valdés, Z. (1996). *Te di la vida entera*. Barcelona: Seix Barral.
- Vicent, M. (1993). "Cuba se enfrenta a una grave epidemia de neuritis que pone en peligro su fama de potencia médica". Diario *El país* del 8 de mayo. Disponible en web: http://elpais.com/diario/1993/05/08/sociedad/736812009_850215.html
- Yoss (2011). "Conejo de azotea o de cuando me dediqué a la pesca en seco". En: Vega Chapú, A. (2011). *No hay que llorar: la sobrevida contada por los sobrevivientes*. La Habana: Ediciones La Memoria, 40.